



Al
plato
vendrás,
almeja

**ERIKA
FIORUCCI**



Al
plato
vendrás,
almeja

**ERIKA
FIORUCCI**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Erika Fiorucci
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Al plato vendrás, almeja, n.º 233 - julio 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1328-451-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo uno

—Es muy difícil encontrar una pizza mala —digo sonriendo a la cámara de mi teléfono—. Las hay maravillosas, buenas, normales; pero muy pocas son realmente malas. Aquí, en Filadelfia, una de las mejores las puedes encontrar en Vinnie's. Miren esta delicia. —Muestro a la cámara ese sabroso pan cargado de salsa, queso y muchas otras cosas—. La masa es del grosor adecuado, la cantidad de salsa, suficiente, y el mejor queso. —Doy un gran mordisco y hago una cara de placer—. Pronto les doy más detalles.

Publico el video en Instagram con las etiquetas respectivas, entre ellas #AmoComer #Comidacallejera #Adictaalacomida #Pizza #Filadelfia #Vinnie's y otra docena más. Inmediatamente las notificaciones comienzan a sonar y las silencio. Llegarán en masa por un buen rato, pero tengo que preparar los siguientes videos. Uno en la cocina, otro hablando con el dueño, otro explorando todo el menú y así tendré para unos cuantos días.

También debo revisar la correspondencia que espera en la mesa de mi apartamento. Hay muchas invitaciones, también regalos, muestras de productos que me envían para un poco de publicidad, además de recomendaciones de mis editores para mis columnas futuras tanto en el periódico como en las revistas para las que trabajo.

Hace tres años no pensé que mi vida sería esta. Acababa de terminar la universidad, trabajaba como interna en un periódico verificando fuentes y confirmando historias y, por pura diversión, comencé a explorar mi comida callejera favorita y a publicarla en Instagram. Al principio eran solo fotos, luego algunos videos. Antes de que pudiera darme cuenta, mi número de seguidores comenzó a aumentar, llegaban invitaciones y recomendaciones, y los dueños de pequeños negocios de comida querían que los visitara. Dejé de ser interna en el periódico para tener una columna semanal, también me llamaron de varias revistas, he sido jurado en esos programas de televisión en los que jóvenes chefs

compiten por un premio, casas de productos culinarios quieren que publique sus mercancías y siempre tengo invitaciones para probar la mejor comida callejera alrededor de todo el país, así que también viajo mucho.

Aunque he sido invitada en muchas oportunidades por chefs con estrellas Michelin a restaurantes de moda, y obviamente no he dejado de asistir, mi corazón estará siempre reservado a la comida callejera y casera porque son esos platos, Gumbo en Nueva Orleans, pizza en Chicago, pollo frito en Tennessee, perritos calientes en Nueva York, los que siempre me dan un calorcito diferente en el estómago que se traduce en mi mente como una sensación de felicidad tranquila.

Comer comida de famosos chefs es arte, es como ir al museo, te maravillas con la creatividad; pero no vale para todos los días. La gente normal requiere el sofá de su casa con la manta de retazos de la abuela, y esa sensación de confort es la que te da esa comida que no tiene pretensiones ni espumas, sin reducciones ni desconstrucción, sin platos adornados pero llenos, que evocan momentos felices y simples de nuestras vidas.

El teléfono vibra sobre la mesa y sonrío al ver el nombre en la pantalla.

—¿Cómo está el mejor abogado que una chica puede tener? —saludo.

—¿No sería mejor que preguntaras por el mejor hermano en el universo?

—No tengo que ensalzar tus cualidades de hermano porque estamos condenados a eso desde que nuestros padres decidieron tener más de un hijo, pero sí tengo que halagar a mi abogado que me hace un excelente precio por sus servicios.

—Entonces es mi placer informarte que tu excelente y muy económico abogado concluyó las negociaciones con la televisión y tu contrato está listo. Ellos tendrán el control sobre la producción, pero el foco principal será la comida callejera alrededor del mundo... —Alfred sigue explicando, pero ya no lo escucho. La emoción, mezclada con un poquito de miedo, toma el control de todos mis sentidos y se manifiesta en una sonrisa enorme. ¡Voy a tener mi propio programa de comida y viajes en televisión!—. Te envió copia del contrato para que lo revises.

—¿Tengo que hacerlo? —pregunto, porque después de tal subidón de adrenalina, ponerse a leer cláusulas es anticlimático.

—Como tu abogado lo aconsejo, como tu hermano puedo decirte que es un buen contrato e incluí un resumen.

—Como siempre digo: el mejor abogado de toda Filadelfia.

—Por cierto, Any, y en temas que no tienen que ver con lo legal, unos

compañeros de trabajo estuvieron este fin de semana en Stonington.

—¿Dónde?

—Es un pueblito de pescadores en Maine, y me contaron que un día sirvieron una misteriosa crema de almejas en la playa.

—Mi curiosidad levanta las orejas.

—¿Misteriosa cómo?

—Es como una tradición local, creo. Según lo que me dijeron, algunas noches, nadie sabe exactamente cuándo, se corre la voz en el pueblo y, enterradas en la arena de la playa todavía caliente, hay dos grandes ollas de crema de almejas y unos chicos la regalan en pequeños vasos en una noche de fiesta con fogatas y música. Nadie sabe quién la prepara ni por qué la regala en la playa. Los chicos que la reparten son muy herméticos al respecto. Pensé que sería algo que podría interesarte.

—¿Qué puedo decir? Es mi hermano y me conoce.

—Me encanta un misterio culinario, más cuando es servido en verano a la orilla del mar.

—Lo sé. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Alexa —llamo en voz alta a mi asistente virtual—. Busca alojamiento en Stonington, Maine.

Capítulo dos

—Si uno buscara en el diccionario «pueblito pesquero», una foto de Stonington debería salir como ilustración —digo a la cámara antes de voltearla para mostrar el panorama—. Es pequeñito, con unas casitas de madera muy lindas y un delicioso olor a salitre que parece llenarte los pulmones, relajándote inmediatamente. Sin embargo, no se dejen engañar por su simplicidad. Las langostas más famosas de todo Maine son de aquí al igual que los mejores productos del mar, y mi misión es probarlos todos recién salidos del agua. Estén pendientes porque he seguido mi estómago hasta Stonington y pretendo llenarlo de cosas deliciosas.

Termino la transmisión en vivo desde una de las pintorescas calles del centro de la ciudad. Tengo que hacer un video de la linda posada donde me quedo e ir al mercado a probar algo de comida local. Luego, cuando tenga más información, hablaré de la misteriosa crema de almejas de la que, hasta ahora, ningún periódico o página turística ha hecho mención.

Al menos es un pueblo tan pequeñito que perderse no es una opción de camino al mercado, y al llegar no puedo evitar que la concentración de olores me haga salivar. Huele a mar, a pescado fresco, a frutas y a deliciosa comida preparándose en algún lugar y eso es más sexy que quedarse encerrada en un ascensor con David Gandy.

Comienzo a curiosear de un puesto a otro, tomando fotos y lamentando no poderme llevar a casa alguno de esos cangrejos enormes, langostinos que no parecen necesitar más que un poco de marinara de ajo y unos dorados que irían perfectos a la parrilla.

En un enorme tanque en uno de los puestos nadan inocentes, ignorando su destino inminente, están las famosas y enormes langostas.

—Hola, tú —digo golpeando el tanque con el dedo—. Tu final será doloroso, pero traerás mucha felicidad.

—Vas a arruinar el negocio de este pobre pescador —dice una voz divertida—. Sería mejor que le dijeras algo como «apuesto a que eres deliciosa».

Levanto la vista y...

«Apuesto a que tú eres delicioso», pienso, e inmediatamente me sonrojo como una ciruela, pero, en mi defensa, es el tipo de sujeto que puede convencerte de que las coles de Bruselas son deliciosas si te las ofrece con sus manos.

No es extremadamente alto, pero sí fornido; del tipo que se ve que no obtuvo esos brazos en un gimnasio sino cargando peso, preferiblemente bajo el sol, teniendo en cuenta su bronceado y esas pequeñas arruguitas alrededor de los ojos que aparecen cuando pasas mucho tiempo enfrentándote diariamente a una mezcla del astro rey con salitre y las hidratantes no están en tu lista de la compra. Una barba de dos o tres días y el cabello un poco largo, atado sin ceremonias en la parte de atrás de su cabeza al mejor estilo Ned Stark, completan el cuadro de un hombre al que, en la época de los metrosexuales, no todas se girarían a mirar en la calle.

Incluso antes de este momento no hubiese pensado que yo me giraría, por lo general me gustan los arregladitos con aire cosmopolita, pero es que tiene una extraña chispa en la mirada que hace que todas sus rugosas orillas se conviertan en algo interesante, como si se bañara diariamente en testosterona mezclada con alegría.

—No quería decir nada que la hiciese sentir incómoda para evitar alguna demanda por acoso —digo incorporándome sin dejar de mirarlo. Aunque quisiera, mis ojos no me harían caso. Me resulta hipnóticamente atractivo—. Uno nunca sabe lo que una langosta y la etiqueta #MeToo pueden hacer a la carrera de una periodista que escribe sobre comida.

—¿Es eso lo que haces? —dice limpiándose las manos en un largo delantal blanco que lleva los rastros del trabajo del día—. ¿Escribes sobre comida?

—El mejor trabajo del mundo. —Me encojo de hombros porque siempre me siento un poco culpable de ganarme la vida de esta forma tan deliciosa—. Voy por ahí probando lo que la gente cocina y recomendándolo, también hablo sobre dónde comprar cosillas ricas y lugares bonitos que visitar.

—En ese caso —dice con un brillito de diversión bailándole en los ojos—, puedes empezar por el puesto al final del mercado, Marce tiene el mejor pescado con patatas. —Señala con la cabeza—. Más adelante está George con sus bocadillos de calamares fritos con mayonesa casera que prepara su esposa y cuya receta es un misterio. En lo de lugares bonitos... —se encoge de hombros—, solo tienes que dar una vuelta.

«En este instante, este es el lugar más bonito del mundo. Ni siquiera Maya Bay en Tailandia tiene ventaja alguna», pienso, pero obviamente no lo digo, aunque eso signifique que me tenga que morder la lengua.

—Gracias. Iré. —Señalo torpemente el pasillo frente a mí—. Y les diré que me envió...

—Patrick, Pat. —Vuelve a limpiarse una de sus manos en el delantal y luego la extiende.

—Yo soy Any Sullivan. —Tomo su mano y noto su aspereza, los callos del trabajo duro. El apretón es fuerte, seguro, honesto, y el conjunto hace que mi mente recuerde que un poco de aspereza mezclada con fuerza no cae mal en algunas situaciones—. De Filadelfia.

—Encantado de conocerte, Any Sullivan de Filadelfia. Espero que disfrutes Stonington.

—Seguro que sí, solo espero estar aquí el tiempo suficiente para probar la misteriosa crema de almejas.

Patrick, Pat, estalla en una sonora carcajada. Es gruesa, divertida y tan tremendamente sexy que por alguna razón me invita a corresponderle.

El desayuno debió de tener algún tipo de sustancia afrodisiaca, tal vez sea el olor de tantos mariscos.

—No sabía que fuera tan famosa que atrajera a importantes periodistas de ciudad —dice finalmente, y me toma un segundo recordar de qué estábamos hablando.

—Es un misterio. Me gustan los misterios.

—En un pueblo de mil quinientos habitantes no hay misterios.

—Entonces, debes de saber quién la hace —digo levantando una ceja. Feromonas desbocadas o no, el trabajo siempre va primero.

—Un secreto no es lo mismo que un misterio —responde todavía sonriendo.

—En un pueblo de mil quinientos habitantes tampoco debe de haber muchos secretos.

Patrick se inclina, acercándose y, por unos segundos, dejo de respirar.

—Por eso estoy seguro —susurra en mi oído y las rodillas se me aflojan— de que te enterarás la próxima vez que la sirvan.

—¿Crees que será pronto? —pregunto en el mismo tono conspirativo tratando de que no se me note que mi respiración no está del todo estable.

—Seguro que sí. No nos gusta quedar mal con los turistas.

Se incorpora y tengo que hacer un gran esfuerzo para no perseguir sus labios.

¡Esto es de locos! Definitivamente, el desayuno debió de estar aderezado con

una droga.

Sé que debo irme, a comer, a hacer mi trabajo. No puedo pasar el día aquí hablando con este desconocido cuya risa me recuerda a ese momento en el que entierras la cuchara en un fondant y el chocolate derretido cae como lava en el plato; cuyas arrugas y palmas callosas evocan en mi piel el olor del mar y de la pesca recién sacada del agua.

—Bueno, debo irme. —Nuevamente señalo vagamente el pasillo—. El pescado, las patatas y los calamares con mayonesa casera me esperan. Gracias por las recomendaciones, Patrick, Pat.

—De nada, Any Sullivan de Filadelfia.

Mientras me doy la vuelta, comienzo a caminar y una sonrisa inevitable se cuela en mi rostro. Me siento como una adolescente, una muy tonta, de las de antes, tras conversar con el chico que le gusta.

«¿Puedes calmarte?», me pregunta una vocecita fastidiosa en mi mente. «Has hablado con él dos minutos y, sí, está interesante con toda esa virilidad desbordada y simpatía sin adornos, pero no es como si acabaras de salir del convento».

La reprimenda mental funciona y, tras tomar una calmante bocanada de aire, puedo seguir caminando sin esa sonrisita tonta en los labios.

¡Soy una mujer adulta, por todos los cielos!

—Any de Filadelfia. —El llamado a mis espaldas hace que todo eso de comportarme como una mujer adulta salga volando y mi corazón dé un brinco—. ¿Dónde te estás quedando?

—En la posada de Penny.

—Me aseguraré de que te llegue la información si hay alguna novedad de la crema.

—Gracias.

Retomo mi camino y miro hacia atrás para cerciorarme de que todo ese intercambio loco fue real. Como si de una película se tratase, él hace lo mismo y se ríe negando con la cabeza.

Capítulo tres

—Ya vieron todas las delicias que pueden comer en el precioso mercado de Stonington, también lo pintoresco que puede resultar este lugar con sus galerías con obras de artistas locales; así que, si están planeando una visita a este maravilloso pueblito, recomiendo que se alojen en la posada de Penny. —Volteo la cámara para mostrar de lo que hablo—. La casa es linda y está bien mantenida. —Camino en silencio mostrando mi habitación, el baño y salgo al salón para abrir la puerta de la terraza—. La vista es increíble y lo mejor... —enfoco nuevamente mi rostro— es que será como visitar a tu abuelita. Penny no te dejará salir por la mañana sin estar segura de si desayunaste, te dará los mejores datos para que planees tu día y te contará las historias más jugosas sobre los vecinos.

Publico el video y me siento en la terraza disfrutando de un delicioso té helado que Penny dejó para mí mientras reviso mis mensajes.

Mi hermano no ha dejado de recordarme que en cuanto termine mi viaje debo reunirme con la gente de la televisión para comenzar la producción del programa y, además, me escribe a cada rato enviándome fotografías de la correspondencia y muestras que han llegado a mi apartamento; mi jefe en el periódico quiere que tome unas cuantas fotografías y prepare mi próxima columna sobre mi viaje a Stonington, una revista de una línea aérea está interesada en un artículo mensual sobre algunos destinos que tienen en su itinerario, y el novio de mi hermano quiere saber si puedo llamar a uno de mis amigos chefs para conseguir una cena gratis en uno de sus restaurantes como una sorpresa de aniversario para Alfred. También están los comentarios y mensajes de mis seguidores que siempre respondo porque no hay nada más odioso que un *influencer* que no responde comentarios. Además, cuando no respondes, tus cuentas dejan de crecer y si dejan de crecer la gravedad del mundo digital hace su trabajo. En mi línea de trabajo, la interacción es fundamental.

Claro, eso significa que paso más tiempo hablando con personas que realmente no conozco que con mi hermano, mi jefe o incluso mi vecino. Eso sin mencionar a mis padres, a los que hace como un mes que no visito. Debo confesar que los *emojis* de abrazos y besos abundan en mi vida, pero ya se me olvidó cómo se sienten esos gestos contra mi piel.

Abro el portátil, coloco el teléfono en su pequeño atril y me pongo a resolver pendientes. Tengo la mejor manera de ganarme la vida, no lo dudo, y sin embargo implica que es imposible desconectarme cuando estoy de «vacaciones».

—Any, querida —me llama la señora Penny a mis espaldas—. Te buscan.

Cuando levanto la cara de las notas que tengo sobre la mesa, me doy cuenta de que ya el sol se ha ocultado. Debo de llevar al menos tres horas trabajando.

Me voy a incorporar, todavía con la confusión de quien es sacada de un estado profundo de concentración y se halla en un ambiente extraño. No he comenzado a intentarlo cuando mi trasero vuelve a la silla sin mucha delicadeza: Patrick está parado en la puerta de la terraza.

El delantal ha desaparecido y frente a mí tengo a un hombre en vaqueros ligeramente holgados, una camisa de franela y botas. Se ha peinado, no mucho, solo lo suficiente para que las hebras de su cabello no caigan sobre su rostro, pero todavía mantiene ese aire de bajo mantenimiento que le sienta tan bien y que lo aleja de esas fotografías perfectas y con filtros que abundan en las redes sociales.

—Patrick, Pat —saludo, y nuevamente ahí está esa sonrisa que parece tomar la delantera a mis decisiones conscientes. No es que lamente sonreír de forma espontánea, solo que me sorprende que el gesto no sea producido por un plato de comida o videos de cachorritos.

—Any de Filadelfia —dice con esa voz de chocolate derretido—. ¿Te apetece conocer las atracciones nocturnas de Stonington?

—¿Contigo? —pregunto, porque no quiero que me imaginación se desboque si no hay necesidad.

—Puedes ir tranquila —interviene Penny, obviamente dándole a mis palabras un sentido que no tienen—. Pat Harrington es uno de nuestros hijos favoritos. Es todo un caballero como lo fue su padre, Dios lo tenga en su gloria. —Me mira con picardía—. También es guapo y siempre es bueno salir con un chico guapo.

«Amén, amén, amén».

—Dame un segundo para peinarme —digo y tomo todos mis artefactos antes

de lanzarme escaleras arriba como si acabaran de anunciarme que en el piso superior hay galletas recién horneadas.

En la habitación los dejo en la primera superficie plana que aparece. Busco una chaqueta y compruebo que mi teléfono tenga suficiente batería. Justo cuando voy a salir, regreso para pasar un cepillo por mi cabello, que mantengo corto porque así es más fácil de manejar, y retoco mi maquillaje mientras me repito que toda la rutina de belleza es por si tengo que grabar algo. Claro que las excusas se me terminan cuando tomo mi botella de perfume y me rocío un poco, porque el olor no se trasmite en cámara.

Bajo la escalera tratando de controlar el paso apurado que mi cuerpo quiere impulsar. Patrick me está esperando junto a la puerta y la abre para mí.

—Portaos bien —dice Penny al vernos salir—. Y si os vais a portar mal, que nadie os vea. En este pueblo a todos nos encanta discutir lo que hacen los otros.

—Nos vas a dar mala fama con los visitantes, Penny.

—¿Por qué? —pregunta genuinamente confundida—. Es parte del encanto de todo pueblo pequeño: Tus vecinos te espían y por eso nunca nada malo va a ocurrirte. Todos supimos cuando Barry tuvo su ataque cardiaco porque no sacó la basura a la hora de siempre ni dejó sus colillas al lado del contenedor. Fuimos a su casa y allí estaba, desmayado en la alfombra. Llamamos a la ambulancia y le salvamos la vida. También aquella vez...

—Las recuerdo todas, Penny —interviene Patrick con una sonrisa medio condescendiente, medio divertida—, y se las contaré a Any para que sepa lo maravilloso que es vivir aquí donde no hay privacidad de ningún tipo.

Sin darle tiempo a Penny a recordar otra anécdota para compartir, salimos de la casa y enfrente está estacionado un camión antiguo, pero bastante bien mantenido.

—Creo que voy a necesitar una escalera —digo al mismo tiempo que Patrick me abre la puerta.

—Puedo llevarte en brazos.

¡Sí!

¡No!

Tengo que controlarme.

—Uno de los retos de mi vida es hacer escalada —digo, y comienzo a subir el Everest lo más graciosamente posible—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vas a probar un poco de la alocada noche de Stonington.

—¿Hay algún antro secreto que cambia de lugar cada noche donde sirven cócteles con nombres marinos?

—Creo que has visto muchas películas o Filadelfia es más creativa de lo que imaginé —dice cerrando la puerta y dando la vuelta para subir también al vehículo, cosa que hace con menos dificultad que yo—. Vamos a ir a ver una película.

—¡Somos unos salvajes!

—Viviendo todos nuestros días como si fueran el último.

Patrick me hace un guiño y mi estómago brinca.

¿Qué he estado haciendo con mi vida desde que terminé la universidad que un simple guiño me hace querer soltar risitas? Tal vez llevo mucho tiempo creyendo que un guiño es un circulito redondo y antropomorfo.

—¿Hay cine aquí? —pregunto tratando comportarme como una persona normal.

—No exactamente.

Lo miro confundida.

—¿No te gustan los misterios? —pregunta con una sonrisita.

—Solo los que puedo resolver.

—Entonces no habrá problema. Este no es muy complicado.

Entramos en lo que parece ser el estacionamiento de una modesta escuela secundaria, nos bajamos y entramos. Hay personas en los pasillos, luces y al fondo una puerta abierta con un letrero en la parte superior que dice *Biblioteca*.

Mi curiosidad aumenta con cada paso que doy porque ya no estoy segura si escuché «cine» cuando lo que realmente quiso decir fue «reunión de padres». Sería muy triste que a estas alturas me presentara a su esposa y a dos pequeñines.

En lo que entramos hay sillas y hasta un par de sofás colocados estratégicamente frente a una pantalla blanca de razonables dimensiones.

—¿Este es el cine? —pregunto mientras miro a mi alrededor.

—Una vez a la semana para películas clásicas que la bibliotecaria tiene en DVD.

—¿DVD?

—No esperarías BluRay por estos lados. —Me mira levantando las cejas—. Claro que ahora en el verano cada dos semanas hay una exhibición en la plaza, pero me gusta más venir aquí. Es como la noche de película con toda la familia.

Después de unos cuantos saludos, de niños acomodándose en el suelo y de una señora muy amable que ocupó el otro sofá con su familia y que nos regaló dos cervezas y una bolsa de patatas fritas porque, sabiamente, señaló que no podíamos ver una película sin tomar nada, la luz se apaga de un solo golpe y comienza la película.

Es *Tiburón*. Apropriadísimo por aquello del pueblito pesquero.

Mientras el jefe Brody se prepara para el verano en Amity Island, miro a mi alrededor y toda la puesta en escena: una biblioteca donde la gente come, bebe cerveza, conversa y ve una película de los setenta un día de semana cualquiera, me hace sentir como una adolescente en casa de unos amigos sentada al lado del chico que le gusta y esperando algún tipo de avance escondido, uno que por cierto nunca llega.

Termino toda la experiencia llena de una energía que no sé describir y para tratar de liberarla grabo un video donde recomiendo a los visitantes no dejar de pasar por la biblioteca para una noche de película durante su visita.

Patrick espera pacientemente, un poco curioso, al igual que el resto de los asistentes.

—¿Documentas cada instante de tu vida? —pregunta cuando finalmente regresamos al camión y descubro que trepar se hace cada vez más fácil con la práctica.

—No todos, pero es muy pintoresco aquí. Parece una serie de televisión, un parque temático, no lo sé. Las cosas así merecen ser compartidas con el mundo.

—¿Por qué?

—Porque es mi trabajo.

—No me imagino saliendo al mar a las cinco de la mañana y documentar el proceso para compartirlo con mis seguidores.

—¿Tienes seguidores? —pregunto medio en broma, medio en serio cuando lo que realmente quiero preguntar es «¿Tienes cuenta en las redes sociales?».

—No, pero entiendo de qué se trata. No vivo en una cueva y, a pesar de ello, no me veo saliendo a tomar una cerveza con unos amigos o con una chica linda —hace un movimiento hacia mí con la cabeza— y perder maravillosos minutos de conversación por tomar una fotografía o grabar un video.

—¿Por qué no? Siempre es lindo guardar un recuerdo de los momentos agradables.

—Para eso tenemos la memoria y no hablo de una tarjeta.

Las palabras de Patrick me hacen darme cuenta de que no recuerdo cuándo fue la última vez en los últimos tres años que salí de mi casa sin constatar cuánta batería me quedaba en el teléfono, o estar con alguien, no siempre relacionado con trabajo, sin elaborar el guion en mi mente de lo que voy a decir en cámara o sin buscar un ángulo que retrate perfectamente el momento en una fotografía.

Nuestra siguiente parada es un bar que está en una calle donde hay suficientes plazas disponibles para parar el coche.

—Este debe de ser el lugar favorito de todos los residentes de Stonington mayores de cincuenta y cinco años —digo en lo que traspasamos la puerta.

Es un bar de esos que lucen antiguos, con temas marinos pasados de moda, mucha madera y olor a cerveza.

—Es el único bar del pueblo y más del ochenta por ciento de los residentes son mayores de cincuenta y cinco años, así que la muestra es más que representativa.

—¡El hijo favorito de Stonington viene por una cerveza! —grita un hombre grueso que no debe de tener menos de sesenta años mientras nos hace señas con la mano—. Finalmente podré invitarle a un trago a mi ahijado.

—Está con una chica —dice en un tono que intenta ser bajo, sin lograrlo, la mujer que está sentada a su lado y que por sus cabellos totalmente blancos debe de estar en el mismo rango de edad que su acompañante—. Por fin tiene una cita. No molestes.

—Tenemos que ayudarlo ahora que su padre no está —le responde el hombre en el mismo tono—. ¿Quién mejor que nosotros para aconsejarlo?

—Ya no es un niño.

Miro a Patrick y me doy cuenta de que está intentando contener la risa, pero un brillo de afecto le ilumina los ojos.

—Hola, Phil, Jenna —saluda Pat cuando nos acercamos—. Ella es Any de Filadelfia, es una periodista que está haciendo un reportaje sobre el pueblo. Any, ellos son mis padrinos.

—¿Mataron a alguien? ¿Por eso hay una periodista aquí? —pregunta Jenna confundida—. ¿Ya tenemos nuestro propio asesino en serie?

—Espero que no —aclaro—. Es un reportaje turístico.

—Es sobre la crema de almejas —completa Patrick—. La misteriosa crema de almejas que aparece en la playa y que nadie sabe de dónde proviene.

Todos se miran con unas sonrisitas cómplices.

—Proviene del mar —declara Phil finalmente, solemne—, como todo lo bueno y lo malo de este pueblo.

Hace un gesto hacia la barra para que nos traigan algo y nos invita con la mano a acompañarlos.

—Todavía no he visto nada malo —afirmo mientras me siento.

—Deberías venir en invierno, se te congela hasta el alma —bufa Jenna—. Aunque, si tienes al guapazo de pueblo para que te caliente la cama —mira a Patrick de arriba abajo—, yo no me quejaría.

—Además, es un muchacho educado —salta Phil antes de que las palabras de

Jenna se extingan, cobren sentido y me hagan sentir incómoda poniendo insinuantes imágenes en mi mente que he tratado de mantener a raya durante toda la noche—. Fue a la universidad en Portland, vivió allí unos años y vivió bien. Luego regresó como buen hijo de Stonington a pescar langostas con todos nosotros, a mantener el legado de nuestros hombres.

—¿Saben que lo están avergonzando? —dice una mujer joven mientras pone las pintas sobre la mesa y unas cestas con unas frituras que se ven deliciosas—. Solo les falta contar cómo se hizo cargo de su padre enfermo y luego de su bote y del negocio para que la chica salga corriendo. —Se vuelve y mira a Patrick—. Y tú estás perdiendo tus maneras de hombre de ciudad. ¿Traerla aquí? —Niega con la cabeza—. No sé en qué estabas pensando.

—Es un buen lugar —dice Patrick con una expresión de disculpa—. Any quería conocer el pueblo.

—Y estos están deliciosos —digo con una de las frituras de pescado, a la que le falta un mordisco, en mi mano.

—Además, le gusta comer. —La sonrisa regresa al rostro de Patrick—. Y aquí la comida es muy buena. —Me mira—. Abigail trabaja aquí desde la secundaria. Sus abuelos son los dueños. Era la mejor amiga que podías tener si querías cerveza gratis.

—Y yo que creía que te gustaba mi encantadora personalidad —responde Abigail.

—Abbie y Pat salieron cuando estaban en la escuela —me explica Jenna con tono de cotilleo—, nada serio —se apresura a aclarar—. Ahora Abbie está casada con Colin —señala al chico de detrás de la barra—, y tienen dos niños preciosos.

—Estaría mejor si me hubiese quedado contigo —dice Abigail poniéndole una mano en el hombro a Patrick—. No me hubieras dejado embarazada como el tonto de mi marido. —Me mira con una mueca de fingido horror—. Patrick siempre fue muy respetuoso.

—Por eso me dejaste —le dice Patrick con un guiño.

—Todos fuimos estúpidos a los dieciséis. —Se encoje de hombros—. ¿A dónde más la llevaste?

—A ver una película —respondo sonriendo—, en la biblioteca.

—Todo un caballero —dice Abigail con un suspiro de fastidio—. Otro te hubiera llevado al muelle, a las partes más oscuras y solitarias.

—Debiste llevarla a pasear en tu bote —interviene Jenna.

—A las mujeres les encanta vernos dominar la bestia —completa Phil—. Así

conquisté a esta. —Señala a Jenna con el pulgar y ella le da un manotazo.

—¿Su bote es una bestia? —pregunto tratando de contener la risa porque son todos muy divertidos. Es como estar en una incómoda cena de Acción de Gracias de esas que retratan en las películas.

—Si lo es, no es una muy sexy —dice Abigail con una mueca—. ¿Alguna vez has estado a bordo de un bote pesquero?

Niego con la cabeza.

—No son veleros lustrosos como los del protagonista rico de una novela de romance. Son máquinas viejas, grandes y ruidosas, que huelen a pescado, agua de mar y combustible. No hay nada romántico en un barco de pesca como no hay nada romántico en su camión.

—Siempre dijiste que te gustaba mi camión —protesta Patrick.

—A mí me gusta el camión —digo encogiéndome de hombros y medio levantando la mano.

—La bestia es el océano —sentencia Phil, muy grave—. Y este chico —lo señala con el pulgar como si quedara alguna duda— es todo un hijo de Poseidón. Nunca vi un talento como el suyo allá afuera. Es una suerte para todos tenerlo aquí.

—Lo estás haciendo otra vez, Phil —dice Abbie poniendo los ojos en blanco—. Que el pobre Pat esté solito en la vida no necesariamente implica que cualquier persona mayor, aunque sea su padrino, se sienta en el deber de avergonzarlo en público. Ese privilegio es solo de los padres durante reuniones familiares y de las exnovias con las que mantiene una relación civilizada.

—Me estoy divirtiendo —digo atrayendo la cesta de frituras hacia mí mientras sonrío de forma maquiavélica—. Estoy esperando que las historias terribles de cuando Patrick era niño comiencen de un momento a otro.

—Tenemos muchas de esas —dice Jenna animada y piensa durante unos segundos, como quien repasa un catálogo mental—. Cuando Patrick estaba en la secundaria...

—¿Vas a hablar de esa vez con los cangrejos? —pregunta Phil interrumpiéndola.

—No, aunque esa es una buena historia —responde Jenna pensativa—. Pensaba en aquella de la crema de afeitar.

—Y nos vamos —dice Patrick poniéndose de pie.

—Pero ¿y las frituras? —pregunto inocente.

Patrick toma la cesta de encima de la mesa.

—Nos las llevamos.

—Ya vas tarde —dice Abigail—. Corre mientras puedas, Pat.

—Llevas quince años dándome el mismo consejo.

—Y nunca me haces caso.

Patrick me extiende su mano libre y la tomo mientras me pongo de pie.

—Un placer —le digo a Abigail—. Deliciosas frituras. —Luego miro a Jenna y a Phil—. Ya buscaremos otro momento para oír esas historias.

—Adiós, cariño —se despide Jenna—. Dile a Pat que te lleve a comer a nuestra casa.

—Ni en sueños —dice Patrick por lo bajo.

Salimos del bar y ya no me puedo contener. Comienzo a reír sin control y Patrick, como contagiado con mi risa, también suelta una carcajada. Estamos parados en el medio de una calle vacía bajo una farola, todavía tomados de la mano como si fuese lo más natural del mundo, riendo. Me extiende la cesta con las frituras, la tomo, la miro y me río todavía más fuerte.

—Entonces —digo entre risas—, ¿dominas bien a la bestia?

Me río un poco más hasta que la mano libre de Patrick se posa sobre mi cuello y, antes de que pueda darme cuenta, o tan siquiera tomar aire, sus labios están sobre los míos.

Sé que debería estar pensando que estoy parada en medio de la calle principal de un pueblo en el que todos parecen estar muy interesados en los asuntos de los demás, que tengo una reputación que cuidar, más cuando estoy trabajando; que todavía sostengo en mis manos una cesta de frituras de pescado que mantiene una distancia de lo más decente entre nosotros, que casi no conozco a este sujeto y muchas otras cosas más. Sin embargo, esos son hechos que permanecen en la parte trasera de mi mente como todos los adornos de Navidad que guardamos en sus cajas en un cuarto, olvidadas hasta que llega la época adecuada del año. Lo único que está en la primera fila de mi activo cerebro es que este hombre besa como se supone que un hombre debe besar.

El beso es exactamente como él, fuerte y un poco salvaje en la superficie, pero dulce y divertido en el fondo y, como toda cosa deliciosa quiero más para seguir degustando esa mezcla perfecta hasta que su sabor se quede en mi lengua y el recuerdo de cada roce de sus labios, en mi boca.

No ayuda que mientras su lengua ruega por entrar, la punta de sus dedos, rugosa como toda piel que tiene mil historias que contar, mantenga una caricia perezosamente distraída en mi nuca.

Quiero explotar y suspirar, gritar y susurrar, y lo único que hago es besar de vuelta como una posesa porque no quiero que esa sensación de ser arrullada y

sacudida al mismo tiempo desaparezca.

Es lo más real que he experimentado en mucho tiempo y me sienta bien estar en la realidad.

Capítulo cuatro

—Si vienes a Stonington en verano, no puedes dejar de darte un chapuzón. Permite que la deliciosa agua de mar te refresque y la arena de la costa se pegue a tu piel mientras el sol te calienta. —Volteo la cámara porque siento que se me suben los colores. Todo, cada palabra que digo, cada paisaje que veo, parece recordarme el beso de anoche—. Cerca encontrarás el museo del faro, un lugar que vale la pena visitar y del cual les cuento en un próximo video.

Termino la grabación, salgo del agua y me dejó caer sobre la arena.

Un beso, solo eso y, aun así, no puedo dejar de pensar en él. Tampoco en que después de que terminó, Patrick recogió las frituras que quedaron esparcidas en el suelo, porque eventualmente no resistí la tentación de enredar mis manos en su cabello y para eso la cesta debía salir del cuadro, y las tiró en un basurero cercano para después tomar mi mano y escoltarme hasta la posada.

Era cerca y fuimos andando, en una especie de silencio cómplice. Patrick con una sonrisa secreta en sus labios y yo con comezón en los míos.

No me besó cuando llegamos. Solo dijo en voz baja «Buenas noches, Any de Fildelfia» antes de marcharse y estuve a punto de protestar porque sin importar lo que digan esas personas que pasan la vida haciendo dieta, uno no puede vivir solo de entrantes. Se requiere plato principal y postre.

Llego a la posada a quitarme la arena y el agua de mar y Penny me está esperando con una sonrisita.

—Dejaron algo para ti —anuncia casi cantando y me extiende una caja de madera sin adornos.

Estoy acostumbrada a recibir obsequios. Donde quiera que voy, cuando la gente se entera de lo que hago, siempre me mandan cosas esperando un poco de publicidad, así que curiosa abro la caja y dentro hay una botella de cristal que reposa en un pedazo de terciopelo rojo. A través del cristal veo un papel.

¡Un mensaje en una botella!

Retiro el corcho y necesito maniobrar un poco con mis dedos para sacar la hoja que está enrollada hasta tener la dimensión de una pajilla y está atada con un fino hilo dorado.

Esta noche habrá crema de almejas en la playa. Paso por ti a las ocho. Pat.

Estoy tan embobada por la forma del mensaje que olvido por un momento el fondo que es, a fin de cuentas, el motivo por el que estoy en Stonington: crema de almejas.

Cargando mi botella como si se tratara de mi posesión más preciada, regreso a mi habitación, donde delicadamente coloco la nota en su sitio original y la dejo reposar en su caja.

Por un momento pienso hacerle una fotografía y publicarla porque es un gesto tan hermoso que quiero compartirlo con el mundo, pero al mismo tiempo se siente demasiado privado, íntimo, mío. Opto por pararme frente a la ventana y grabar un extenso video sobre la crema de almejas que, con un poco de suerte, conseguiré probar esta noche.

Puntualísimo, Patrick llega a las ocho y lo estoy esperando sentada en las escaleras de la casa porque no podía seguir paseando por la sala de Penny como leona enjaulada.

—¿Lista para probar el mejor misterio de Stonington? —pregunta acercándose.

«Ya le di una probadita anoche y quiero más», pienso, y estoy segura que cada uno de mis pensamientos sale escrito en mi frente como si fueran mensajes de Twitter.

—Para eso estoy aquí —digo y comienzo a ponerme de pie.

Patrick se acerca para ayudarme a incorporar y mantiene mi mano entre las suyas.

—¿Te molesta caminar? —pregunta—. Es cerca.

—Me gusta caminar.

«Contigo, con mi mano en la tuya», completo mentalmente y pongo los ojos en blanco ante mi propia cursilería mental.

Sin ningún aviso, como si hubiese escuchado mis pensamientos, Pat levanta las manos que tenemos unidas, lleva la mía hasta sus labios y la besa.

Tengo que dar crédito a mis rodillas y a la cápsula de magnesio que tomo cada mañana, porque mis articulaciones no fallan a pesar de que se sienten como gelatina.

Seguimos caminando hacia la playa en un silencio un poco picante, cargado de una anticipación que no se justifica pues nos dirigimos a un lugar público

donde debo trabajar. Sin embargo, eso es un hecho que mis partes más cargadas de estrógeno no parecen tomar en consideración.

Al llegar allí parece que hay una fiesta. Personas sentadas en la arena, caminando de un lado para otro o bailando cerca de fogatas. Todos llevan vasos en las manos, llenos de algo humeante que huele delicioso.

—¿Hace cuánto ocurre esto? —pregunto mientras tomo algunas fotografías.

—Seis meses, más o menos.

—¿Y la oficina de turismo no tiene nada que ver?

—Harían más publicidad si fueran ellos. Además, es más una fiesta para el pueblo que algo dedicado a los turistas.

—¿Por qué?

—Porque todos somos familia.

De verdad parece una reunión familiar, una muy grande con niños, jóvenes y adultos pasando un buen rato.

—Vamos.

Toma mi mano nuevamente y me lleva hasta la zona donde dos chicos están sirviendo la crema de dos ollas enormes parcialmente enterradas en la arena. El olor es delicioso, de esos que avisan a tu estómago de que algo bueno viene.

—¡Pat! —saluda uno de los chicos agitando la mano.

No debe de tener más de veinte años y lo rodea ese aire juguetón de quien apenas ha salido de la adolescencia.

—Esta es mi amiga Any —me presenta Patrick.

—La periodista —dice el chico—. Soy Tom. —Estira su mano hacia mí—. Estoy aquí para contestar todas tus preguntas y posar para tus fotos. Solo asegúrate de captar mi mejor ángulo.

—¿Tú cocinas esto, Tom?

—No.

—¿Quién lo hace?

—Todas tus preguntas menos esa. —Se voltea y hace una pose cerca de las ollas, aderezada con una mirada seductora—. ¿Qué tal esta?

—Eres un payaso. —Lo amonesta Patrick. Luego me mira sonriendo—. Si vas tomar fotografías aquí, mejor hazlo ahora, antes de que Tom siga creyendo que lo vas a llevar a la fama por publicar su foto en Instagram.

—Tiene un millón de seguidores —explica Tom—. Me puede llevar a la fama y sacarme de este pueblo.

—¿Por qué querrías irte? —pregunta Patrick negando con la cabeza.

Aprovecho para tomar más fotografías, Tom incluido, antes de recoger mi

ración de crema de almejas. Patrick me guía hasta un rincón poco concurrido y nos sentamos en la arena. Me hago un *selfie* con mi vasito de plástico, también tomo un acercamiento del plato que me hizo atravesar el país.

—Se va a enfriar —advierte Patrick entre foto y foto.

—Tengo que mostrar lo que como para que la gente se haga una idea.

—Si se enfría no va a saber igual.

—Suenas como una mamá.

—Espero que no, por muchas razones —dice con una mirada en sus ojos que hace que se me olvide dónde estoy y qué estoy haciendo—. Toma tu sopa, Any de Filadelfia.

—Sí, señor.

Tomo la cuchara de plástico que me dio Tom, la sumerjo en la crema y la llevo a mi boca.

He comido crema de almejas en muchas ocasiones, es un plato icónico de Nueva Inglaterra y muchas ciudades tienen su versión: en Manhattan le ponen tomate al caldo, cosa que está prohibida por ley en Maine, así de serio se toman el plato por esos lados; en Boston la hacen con leche o crema y en Rhode Island, con caldo claro. La he comido en informales puestos de comida y en restaurantes importantes, y ninguna, ni siquiera la más deliciosa, puede compararse con esta que tomo de un vaso plástico a la orilla de la playa en Stonington. Es una mezcla de las tres recetas icónicas y algo más.

—¿Qué tal? —pregunta Patrick expectante—. ¿Era lo que esperabas?

—Más —digo y sé que me estoy quedando corta—. Es deliciosa. Como algo hecho por una abuelita con una receta secreta pasada de generación en generación. Podría comer solo esto por el resto de mi vida.

El rostro de Patrick se ilumina.

—Voy a conseguirte un poco más.

Al final termino comiéndome cuatro vasos de crema de almejas y necesito la ayuda de Patrick para levantarme de la arena. Siento que peso una tonelada.

—Creo que voy a estallar—exclamo con una sonrisa de felicidad.

—Demos un paseo —sugiere Patrick tomando nuevamente mi mano entre las suyas.

Llegamos hasta un pequeño puerto de madera que da paso al océano y nos tumbamos a ver el cielo. Hay miles de estrellas, nunca puedes verlas en la ciudad, y si lo unimos con el ruido de las olas, el efecto es casi mágico, como estar encerrada en una burbuja alejada de todo.

La mano de Patrick comienza una distraída caricia por mi brazo y cierro los

ojos porque, aunque me prive del maravilloso espectáculo que significa ver las estrellas, es mejor imaginarlas y dejarme llevar por esa sensación relajante que, extrañamente, eriza.

—Ahora que ya conseguiste lo que buscabas, imagino que te irás pronto.

Abro los ojos de golpe porque la frase me trae de vuelta a la tierra sin el beneficio de amortiguación y el aterrizaje dolió más de lo que habría esperado.

—No necesariamente —digo mientras busco una excusa que respalde mis palabras. No para convencerlo a él sino a mí—. Tal vez me quede un poquito más buscando al misterioso chef y consiga que me dé su receta.

—¿En serio? —pregunta y, aunque no quiero darme cuenta, o notarlo de forma consciente, hay cierto dejo de esperanza en su respuesta que me hace querer sonreír. Sin embargo, recuerdo que tengo un programa de televisión que producir, viajes que planear, artículos que escribir, una carrera que aprovechar ahora que ha tomado vuelo porque en el mundo actual si el tren pasa y no te subes puede que no haya otro al día siguiente.

—Tal vez solo unos días.

El silencio se extiende nuevamente, interrumpido únicamente por el ruido de las olas al romper, pero esta vez no es tranquilo ni relajante; es como el que rodea un accidente en pleno desarrollo.

—¡Que se jodan! —escucho mascullar a Patrick y, cuando abro los ojos, su cara está sobre la mía y sus labios descienden sin que tenga tiempo para prepararme para ese asalto que he estado esperando.

Esta vez el beso parece más una declaración desesperada que un aperitivo y por eso sé que esta noche no será lo único en el menú,

—¿Any? —susurra contra mis labios.

—¿Sí?

—¿Eres consciente de que probablemente ya todo el pueblo sabe que nos besamos en el muelle?

—No lo había pensado —digo sonriendo, disfrutando de las cosquillas que me produce su aliento—. Pero no me importa. No vivo aquí.

—¿Te parecería muy descabellado si te pido... —hace una pausa en la que dejo de respirar— que vengas a casa conmigo?

—Pensé que nunca lo pedirías.

Capítulo cinco

—Por si todo lo que os he contado de Stonington no fuera suficiente, resulta que durante vuestra estancia aquí podéis ser sorprendidos por una misteriosa crema de almeja que se sirve en la playa como regalo a residentes y visitantes. —Muestro el envase a la cámara—. Es una de las mejores que he probado, aderezada con el gusto de un secreto muy bien guardado, porque nadie sabe quién la prepara ni por qué, pero solo puedo decir que, quien quiera que sea, espero que continúe haciéndolo y me envíe la receta.

Publico el video que grabé más temprano en la playa. No esperaba hacerlo esta misma noche después de todas las fotografías que publiqué antes. Quería guardar algo de material para mañana, pero es que necesito hacer algo para no pensar en lo que viene.

Patrick está en la cocina buscando vino o algo así, otra táctica dilatoria que nos permite obviar que esto es una de esas aventuras sobre las que lees o ves en las series de televisión. Parece que ninguno de los dos tiene la suficiente práctica en este tipo de situaciones para estar completamente cómodos una vez que se pisa el freno y todo vuelve a tener foco.

Es un poco incómodo.

Guardo el teléfono porque debo enfrentar esto como una adulta. En el mundo moderno la gente normal tiene aventuras de una sola noche con desconocidos, ¿verdad?

«No. Eso solo funciona en la ficción. En la vida real es peligroso», me respondo a mí misma.

Respiro y miro a mi alrededor por primera vez desde que entré, tratando de enfocarme en lo que es real y no en diatribas mentales que solo consiguen ponerme más nerviosa.

No es un apartamento de soltero pequeñito, como el mío en Filadelfia, sino una casa, grande, con jardín delantero, porche y chimenea. Los muebles son de

madera sólida, con cómodos cojines y una manta sobre el sofá. Todo está ordenado, limpio.

—¿Riesling? —pregunta mientras se acerca con dos copas y una botella de Nik Weis.

—¿Vino alemán? —pregunto mientras lo veo llenar las dos copas. Me ofrece una.

—No eres la única sofisticada.

—Me estoy dando cuenta —digo y doy un sorbo—. No hay muchos solteros jóvenes que vivan en una casa como esta en un pueblo perdido y beban vino alemán.

—Es la casa de mis padres, la casa donde crecí —dice con cierta melancolía en su voz—, el pueblo donde nací.

—Son hermosos, la casa y el pueblo.

Doy otro trago y como siento que he tocado una fibra sensible, y no quiero ir por ese camino, me pongo de pie y pretendo inspeccionar, aunque lo que realmente estoy haciendo es buscar un nuevo tema de conversación que no incluya la pregunta «¿Cuándo vas a volver a besarme?».

En una esquina hay un caballete con un lienzo a medio terminar de un barco en medio de la inmensidad de un mar que parece no aquietarse nunca mientras una tormenta oscurece el cielo a lo lejos. Parece un elemento decorativo, pero cerca hay pinceles, y el olor a óleo y trementina todavía está en el aire.

—Esto también es hermoso.

—Gracias.

Volteo y hay cierta expresión presumida en su rostro.

—¿Tú? —pregunto mientras miro alternativamente a la pintura y a él.

—Sí.

—Eres toda una caja de sorpresas.

—Todavía no has visto nada.

Si esa no es una perfecta línea de apertura...

—¿Puedes enseñarme un poco? —pregunto caminando hacia él con lo que espero sea una expresión coqueta—. Realmente soy muy curiosa.

—Imagino que viene con la profesión.

—Al revés. Eliges la profesión porque eres naturalmente curiosa.

Se pone de pie tras dejar su copa sobre la mesilla. Yo doy un largo trago a la mía terminando el contenido. El alcohol es reconocido internacionalmente como la fuente de todas las deliciosas malas decisiones.

Patrick retira la copa de mis manos y la deja al lado de la suya. Todo es en

cámara lenta, paciente, como si quisiera volverme loca con la anticipación. Debo decir que lo está logrando.

Cuando regresa, retira delicadamente un mechón que enmarca mi cara y lo pone detrás de mi oreja.

—Cuando te vi en el mercado solo pude pensar que eras la turista más linda que había visto en Stonington, que quería invitarte a salir, besarte allí mismo. ¿Qué dice eso de mí?

—Que no te agradan las mujeres delgadas y por eso tienes un excelente gusto.

Un intento de sonrisa aparece en sus labios y, cuando estoy por imitarla, me besa.

No sé por qué los besos de Patrick me toman desprevenida aun cuando los esté esperando. Parece que siempre estoy concentrada en otra cosa, en sus ojos que brillan con una emoción fácilmente identificable, en sus sonrisas, pequeñas o enormes, que parecen listas en todo momento para salir a jugar, en las líneas de su rostro que me atraen tanto, a pesar de no ser tradicionalmente hermosas.

Eso sí, cuando el beso comienza, una vez que la sorpresa se desvanece, no puedo pensar en nada más. Es un hombre que besa como si tuviera un plan, como si supiera el efecto que tiene cada roce de sus labios y lo explotara para el máximo beneficio de ambos.

¿Qué más sabrá hacer bien?

La respuesta no tarda en llegar, cuando sus manos comienzan a recorrer mi cuerpo y las mías las imitan para dejarle saber que estoy en esto tanto como él. Poco a poco comienzo a tirar de su camisa hasta que logro deshacerme de ella.

Doy un paso atrás para poder apreciar el panorama y, si con ropa me parecía que hacía ejercicio, sin ella hay mucho más de toda esa piel bronceada y perfectamente moldeada y nunca he podido resistirme a nada que parezca tan delicioso. Voy entonces por el botón de sus vaqueros y ese pequeño detalle, esa pequeña brecha que se abre, hace que mi corazón se acelere y la boca se me seque.

—¿No crees que deberíamos subir a la habitación? —pregunta, pero no puedo despegar la vista de esa área debajo de su ombligo. Quiero ver más, tocar más; pero al mismo tiempo no quiero arruinar esa hermosa composición que significa este hombre maravilloso parado frente a mí, sin camisa y con los vaqueros desabrochados—. ¿Any?

—No.

—¿No?

—Si subimos, habrá que comenzar todo otra vez.

—No para mí.

Mira hacia abajo y yo también me doy cuenta de por qué me parecía tan llamativa la composición: su maravillosa estampa de chico de calendario es completada con una erección más que evidente.

Sin pensarlo mucho me saco mi camiseta y voy también por el botón de mis vaqueros. Los deslizo por mis piernas y doy un paso al frente para dejarlos atrás.

Patrick me recorre con la vista y suspira divertido inclinando la cabeza a un lado con curiosidad.

—Eres... —dice y luego niega con la cabeza como si no encontrara las palabras adecuadas.

Si eso no te hace sentir como una diosa, no sé qué otra cosa podría lograr la magia.

—Estaba pensando lo mismo de ti —respondo con un guiño.

Nuevamente me introduzco en su espacio personal, sus labios descienden sobre los míos y sus manos están por todas partes.

El calor, el deseo, la urgencia crecen y, por extraño que parezca, en este momento no entiendo la necesidad tantas veces alabada del juego previo. En otra situación, en otros momentos de mi vida, he defendido el concepto; pero ahora no estoy pensando en teorías ni en el deber ser sino en lo que quiero: Patrick sin ropa, en ese sofá y yo encima.

Sí, parece una hermosa imagen.

Hora de hacerla realidad.

Llevo mis manos a sus caderas y bajo sus pantalones y ropa interior, todo en el mismo movimiento, luego lo empujo hasta que cae en el sofá, termino de sacarle los vaqueros y me subo en su regazo.

¡Soy un prodigio de gracia, equilibrio y eficiencia!

Tomo mi recompensa de sus labios una y otra vez, del calor de su piel, su tacto, de la sensación de su sexo rozando el mío.

—Any... —dice con la respiración tan agitada como la mía—. Tenemos que parar.

—¿Parar?

—¿Condón?

«¡Que se joda la profilaxia!», es mi primer pensamiento, pero no estoy tan desquiciada de lujuria como para tomar en serio a mi irresponsable mente.

—¿Dónde?

—Arriba, en la habitación.

Lo miro como si quisiera asesinarlo y se ríe, un par de carcajadas que son

suficiente para terminar de limpiar las sombras en mi cerebro y permitirme reír yo también.

—Somos un desastre en esto —digo todavía riendo.

—Somos espontáneos.

—La espontaneidad está sobrevalorada.

—A ver, amargadita —dice—. Tus manos alrededor de mi cuello y tus piernas en mi cintura.

Sin permitirme meditar sobre la extraña petición ni mucho menos preguntar, se pone de pie de un solo empujón llevándome con él. Aprieto mis brazos en torno a su cuello y, cuando mis piernas terminan de rodear su cintura, entiendo finalmente a lo que se refería. Como si yo fuera una ligera damisela, que no lo soy porque me gano la vida comiendo, comienza a caminar hacia la escalera y la sube hasta que llegamos a una habitación que está en penumbras, iluminada únicamente por la luz de la luna.

Me deja sobre la cama con suavidad y, antes de unirse a mí, me mira desde arriba.

—Esto debe irse —dice inclinándose y pasando suavemente sus dedos sobre el elástico de mis bragas.

—Totalmente de acuerdo —respondo cuando consigo que mis cuerdas vocales vuelvan a funcionar.

Levanto las caderas para facilitarle la labor de deshacerse de la prenda y, tras encargarse de esos pequeños detalles del sexo seguro que nos hicieron abandonar nuestra cómoda posición en el sofá, su piel está en contacto con la mía. Siento que me quema y me acaricia, que me atormenta y me calma, que lo quiero todo ya pero también quiero alargar el momento.

Sin embargo, todo llega cuando debe llegar y, cuando finalmente estamos unidos, parece ser el momento justo. La sobrecarga de sensaciones es tal que no hay momento de procesar nada ni convertirlas en palabras, solo dejarse embargar por esa felicidad sin sentido, esa perfección mágica que no debería estar allí cuando solo se trata de un encuentro físico con un virtual desconocido, pero que cobra mayor certeza con cada beso, cada empujón, cada encuentro de pieles.

Incluso cuando ese momento, que parece durar una vida y, al mismo tiempo, muy poco, pasa, no queda ese sentimiento residual de algo embarazoso y errado, no hay ese vacío característico que te dice que lo anterior solo se sintió bien por el estímulo del momento, sino que la sonrisa permanece sin desvanecerse ni un poco, más bien se acrecienta cuando Patrick me toma entre sus brazos, manteniéndome pegada a su piel y deposita un beso en el tope de mi cabeza.

Aunque, según tengo entendido, el protocolo exige que comience a preparar mi retirada con una excusa digna, acurrucarse se siente bien aun en una noche de verano, pues la brisa marina que entra por la ventana abierta sopla sobre nuestras pieles sudorosas, refrescándolas. Estar en la cama con Patrick, desnuda, con nuestras piernas entrelazadas se siente natural, como si lo hubiese hecho toda mi vida.

Quiero decir algo sobre eso, pero no quiero parecer una psicópata acosadora que habla de sentimientos duraderos solo porque el sujeto que se acaba de follar es muy bueno en eso, besa de maravilla y tiene la sonrisa honesta más contagiosa del universo. Así que solo beso su pecho y me contento con estar allí, en ese nicho de piel que se siente el mejor del mundo justo en el momento perfecto y disfrutarlo por todo el tiempo que dure.

Capítulo seis

Así se refleja la luna en el mar aquí en Stonington.

Con esa frase y unas cuantas etiquetas publico la fotografía que tomé hace unos segundos desde el porche de la casa de Patrick.

No era mi intención hacer una publicación en plena madrugada, pero es que desperté con sed y al ver al hombre durmiendo a mi lado, su piel bronceada contrastando con mi palidez, los recuerdos recientes regresaron y con ellos esa sensación de alegría mezclada con bienestar que es tan difícil mantener encerrada en el cuerpo.

Quería compartirla con el mundo, gritarla. Esto último era un poco inconveniente por la hora y los vecinos, y tampoco podía publicar *Acabo de tener el mejor sexo de mi vida con un hombre maravilloso que conocí hace dos días* acompañado de una fotografía de unas sábanas arrugadas o piernas entrelazadas. Sin duda habría aumentado mis seguidores dramáticamente, pero tengo mis límites.

Bajé por el agua, vi a través de la ventana la luna reflejada por el mar y se veía tan hermosa, tan serena, exactamente como yo me sentía, que tomé la fotografía para al menos de esa forma gritar con texto parte de esas emociones que seguían navegando dentro de mí.

Sigo mi camino una vez que pasa el momento fotográfico. Llego a la cocina y no hace falta encender el interruptor pues, tras nuestra apresurada retirada a la habitación, todo está como cuando llegamos.

Hay un olor particular, uno que pone cierta alerta en mis sentidos, aunque todavía estoy un poco despegada de la realidad como para recordar exactamente de qué se trata, cuál es el recuerdo que el olor trata de evocar.

Abro el refrigerador y allí hay seis contenedores plásticos transparentes. El contenido llama mi atención, es algo que le da sentido a esa alerta olfativa. Para cerciorarme abro los recipientes, los pruebo, los huelo.

Una extraña sospecha se forma en mi mente.

Que recipientes con la famosa y misteriosa crema de almejas de Stonington estén almacenados en el refrigerador de Patrick no significa nada, pudo pedir un poco para llevar, aunque no sé en qué momento pudo haberlo hecho. Sin embargo, si a esa misteriosa presencia unimos al olor remanente en la cocina, ese que mis sentidos descubrieron antes que mi mente los procesara...

—Me descubriste.

La voz en mi espalda me hace brincar.

Patrick está de pie en el umbral con los vaqueros a medio abotonar y tengo que recordarle a mi activa oxitocina que no hay por qué estar asustada. Descubrí crema de almejas en el refrigerador de Patrick, no un montón de cadáveres.

—Y yo que pensaba utilizar la excusa de buscar al chef y la receta para mantenerte en el pueblo un poquito más.

—¿Eres chef? —pregunto todavía confundida.

—Para nada —dice entrando finalmente a la cocina—. Solo puedo cocinar cosas básicas y la crema de almejas. Es la receta de mi madre, con las modificaciones de mi padre.

Se sienta en una de las sillas de madera que rodea la mesa.

—Es deliciosa —digo, y lo imito llevando conmigo una botella de agua.

—Mi madre murió cuando yo tenía once años y la crema de almejas era mi plato favorito. La hacía cuando estaba enfermo, cuando había reuniones familiares o en ocasiones especiales. Luego, cuando ella ya no estuvo, mi padre intentó continuar la tradición, aunque no recordaba exactamente la receta, así que improvisó. —Sonríe de forma triste—. Ser pescador es un trabajo para hombres duros, mi padre era un hombre duro, pero un padre cariñoso. No es fácil de aceptar para cualquier pescador de este pueblo que su hijo le diga que quiere ir a la universidad a estudiar Arte, que quiere pintar. Me apoyó, siempre, pagó mi colegiatura, fue a todas mis exhibiciones, aunque no entendiera nada y se sintiera incómodo en una galería, hablaba de mis éxitos con orgullo.

—Suenas como un padre excelente.

Tomo su mano entre las mías porque extraño su sonrisa alegre, y ese brillo en sus ojos que anticipan unas lágrimas involuntarias me parten el alma.

—Lo era y enfermó. Maldito cáncer. —Su mano aprieta la mía y sacude la cabeza, no violentamente sino con rabia contenida—. No me dijo nada. Yo vivía en Portland, trabajaba en una galería, vendía mis cuadros y creía que todo estaba bien. Fueron los vecinos de Stonington los que me avisaron y cuando regresé todo era peor de lo que pude haber anticipado: La enfermedad era irreversible, la

quimioterapia había hecho estragos con su cuerpo, las deudas se apilaban. —Se encoge de hombros—. Vendí todo lo que poseía y vine a casa a cuidarlo. Cuando hizo falta dinero, salí a pescar, retomando el negocio de la familia.

—Pero te quedaste, cuando tu padre murió.

—Me di cuenta de que me gustaba Stonington. —Sonríe un poco, esta vez sin tristeza—. Salir a pescar me gusta, esta casa me gusta. Aquí siento que no estoy solo. Todavía pinto y mis cuadros se venden en la galería local o en la que trabajaba en Portland. Sé que una chica de ciudad no podrá entenderlo, pero me gusta la vida del pueblo, la vida tranquila. Es buena para mi creatividad.

—¿Y la crema?

—¿Vas a publicar mi secreto?

—No si no quieres que lo haga.

—La crema fue como lidié con la muerte de mi padre. Cada vez que me sentía solo, triste, frustrado, encabronado cocinaba para que el sabor trajera de vuelta esos momentos felices. Comencé a buscar recetas, datos para hacer mi propia versión...

—¿Y la fiesta en la playa?

—Eso vino después. El primer acto de amor que recibes como ser humano es que alguien cocine para ti y así aprendes a mostrar amor de esa misma forma. La gente de este pueblo fue la que cuidó a mi papá cuando yo no estaba. Siempre había alguien atendiéndolo, lo llevaban al médico, cocinaban. Cuando regresé también estuvieron pendientes de que no me faltara nada y el día que decidí salir a pescar, tenía a la mitad de los amigos de mi padre en el puerto. Me siguieron y ayudaron hasta que recordé lo que había aprendido mientras crecía. Este pueblo, esta gente, es mi familia; merecían mi agradecimiento. No encontré mejor forma de mostrarlo.

—Eres un hombre admirable.

—¿Lo suficiente para que quieras regresar a la cama conmigo? —pregunta levantando una ceja.

Asiento varias veces y rápidamente, sonriendo.

—Mi madre siempre me dijo que esa crema traería cosas maravillosas a mi vida.

Capítulo siete

«La pesca. Pensamos poco en ella, en ese trabajo duro que realizan hombres y mujeres, para llevar esas delicias a nuestra mesa...»

Veo el texto que acompaña la fotografía que tomé en el puerto de los botes que regresan a la costa y decido borrarlo. Me he quedado sin cosas interesantes que publicar sobre Stonington. Hice publicaciones más extensas de la crema de almejas, incluso una en la cocina de Patrick donde intenté cocinarla siguiendo paso a paso su receta; también mi columna en el periódico fue sobre el tema y un artículo para una revista. No obstante, no tengo ya cómo seguir explotando el tema.

El teléfono suena, miro la pantalla y sé que no puedo seguir posponiendo esta conversación.

—¡Hola, Alfred! —saludo con ánimo, como si no hubiese intentado mantener a mi hermano entretenido con correos y mensajes vagos.

—¿Me puedes decir qué está pasando? —pregunta sin dejarse engañar.

—¿Pasando? —digo fingiendo inocencia por el mayor tiempo posible.

—Te fuiste a Maine por unos días a investigar sobre la crema de almejas y ya llevas allá tres semanas. ¡Tres semanas, Any! ¿Qué está pasando?

«Conocí a alguien, un pescador. Me estoy quedando con él. Somos felices», pienso, pero no lo digo porque cuando las palabras toman sentido me doy cuenta de lo tontas que sonarían, incluso para mí, si analizo la situación fríamente.

—Me gusta esto —digo finalmente—. Es pacífico, tranquilo.

—Me hiciste pelear ese contrato de televisión con uñas y dientes. —La voz de Alfred comienza a sonar exasperada—. Querías ser parte de la producción, tener la oportunidad de decidir sobre el contenido y lo conseguí. Si quieres una vida tranquila, puedes tenerla después de hacer el programa. De lo contrario, las demandas por incumplimiento de contrato te darán todo menos tranquilidad.

—Hermanito... —digo y quiero contarle, quiero hablarle de Patrick y de

Stonington, de la historia detrás de la crema de almejas y de los vecinos chismosos.

Mi hermano es un hombre enamorado, tal vez entendería.

—Mira, Any, lo entiendo —dice y por un momento creo que aprendió a leer mentes a distancia—. Cuando estamos de vacaciones siempre queremos quedarnos, nos parece idílico, perfecto, pero la vida real no es una vacación. Hay trabajo que hacer, cuentas que pagar, una existencia que asegurar para cuando seamos viejos.

—Haces que la vida suene muy aburrida.

—Siempre pensé que amabas tu trabajo.

—Lo hago.

—Y por eso eres afortunada, pero recuerda que el éxito en tu campo es algo que todos intentan y casi nunca consiguen, y es tan volátil como la próxima noticia viral. Tienes que capitalizarlo ahora que lo tienes y nada mejor para eso que este contrato. Si lo pierdes, tu credibilidad, tu carrera, puede sufrir un declive del cual nunca se recuperaría. No lo arriesgues, Any, por una tranquilidad que ahora te parece idílica, pero en la que puedes terminar sintiéndote atrapada cuando la bruma pase.

—Alfred...

—Sal de ese pueblo, pon tu trasero en un avión y regresa al trabajo. Una vez que comiences con este nuevo reto recordarás por qué lo querías tanto y Stonington será solo un bonito recuerdo, como el Mundo Disney.

Alfred termina la comunicación y cuando levanto la vista veo el barco de Patrick que viene a la distancia. Esta es ahora mi rutina vespertina: esperarlo a que regrese de pescar, ver a la tripulación descargar la mercancía y volver a la casa a cenar con Patrick, ver una película e ir a la cama donde nos entretenemos explorando nuestros cuerpos como si de una luna de miel se tratara.

Pensé que amaba esa rutina, pero tras hablar con Alfred algunas ideas intrusivas se han colado en mi mente y no puedo sacarlas. ¿Es esta la vida que quiero? ¿Puedo darle la espalda a mi carrera por algo que puede ser solo la maravilla de la novedad? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que me aburra y me arrepienta? ¿Cuánto antes de que Patrick decida que es suficiente y me sugiera que debo marcharme?

Nunca hemos hablado del futuro, las cosas simplemente sucedieron. Mi reserva donde Penny terminó y él me ofreció su casa, cuando llegué me dio la clave del WIFI, dos gavetas, la mitad del armario y del gabinete del baño. Le hablé de la serie de televisión, pero nunca mencioné que la producción estaba

por comenzar, al igual que mencioné los viajes que implican mi trabajo y Patrick se ofreció a llevarme a algunos lugares en Portland.

Tal vez, en el fondo Alfred tenga razón y esto es solo una fantasía, el espejismo perfecto que siempre crea en tu mente unas maravillosas vacaciones con un hombre bueno y considerado que puede hacerlo varias veces en el transcurso de una noche hasta dejarme deliciosamente dolorida.

Miro el barco cada vez más cerca del puerto y me doy la vuelta. No es un día como cualquier otro en el que puedo esperar a Patrick y recibirlo con un beso, intentar echar los brazos alrededor de su cuello y que él me lo impida diciendo que huele mal, para luego hacer un comentario gracioso del que él se reirá con esa sonrisa de ángel que parece siempre decirme que la vida es perfecta así como es. No, hoy es el día en el que la realidad me hizo una llamada de larga distancia para recordarme que soy una chica de ciudad que tiene un trabajo que ama, que vivo en una realidad donde el número de seguidores virtuales representan tu valor en el mundo laboral y los corazones de aprobación, tu talento; que dejar de publicar contenido frecuente e interesante te hace desaparecer del mapa pues siempre hay alguien con mejores historias, mejores fotos, haciendo algo diferente o lo mismo que los otros pero de una forma novedosa.

Es hora de despertar.

Capítulo ocho

Tengo un secreto que les contaré pronto. Nuevos proyectos, nuevos destinos y una nueva plataforma para compartir, escribo en mi Instagram bajo una foto en la que pretendo comer un bocadillo sentada en la sala de la casa de Patrick mientras casualmente la pantalla del televisor está encendida al fondo con un famoso programa de viajes.

Claro que toda la «producción» la hice después de leer finalmente el correo con la agencia de producción, respondí y obtuve de vuelta una confirmación de la productora sobre los días en los que nos reuniríamos.

Dejo la sala y regreso a la cocina. Allí fue donde Patrick me demostró su receta, explicándome que la hacía con caldo de mariscos y crema de leche a partes iguales, que las almejas solo se agregan al final para que no se pongan duras. Sonrió todo el tiempo mientras me hacía pelar los mariscos para el caldo y las almejas disfrutando enormemente de mi torpeza, puso su mano sobre la mía mientras sofreía la cebolla en la mantequilla y me dio leves besos en cualquier parte donde sus labios aterrizaran mientras mezclábamos todos los ingredientes.

Ese video de Any cocinando crema de almejas, toda una novedad en mi canal porque siempre como pero jamás cocino, tuvo que ser cuidadosamente editado para que fuera apto para todo público.

Abro la aplicación necesaria en el teléfono y compro el boleto de avión. Justo cuando la confirmación llega a mi correo, Patrick entra por la puerta de la cocina. Siempre lo hace por allí cuando regresa de trabajar, dice que para no ensuciar el suelo de la sala.

—Traje un excelente dorado para cenar. No te preocupes, yo me encargaré de limpiarlo y hacer los filetes. Tú puedes hacer la ensalada y si te apetecen unas...

Me ve parada allí en el medio de la cocina con el teléfono en la mano y, tras pasar la mirada varias veces del aparato a mi cara, lo entiende.

—Te vas —afirma, no pregunta—. ¿Cuándo?

—Mañana —respondo porque no vale la pena darle vueltas al asunto.

Asiente con la cabeza.

—¿Pasó algo?

—El programa de televisión del que te hablé. Tengo que ir a Nueva York.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé. Un mes, tal vez —digo y veo la esperanza que comienza a florecer en su rostro. No puedo permitirlo—. Luego debo regresar a Filadelfia, hacer algunos viajes puntuales para adelantar las columnas del periódico y los artículos de las revistas antes de salir del país a grabar el programa. Eso último me mantendrá fuera por unos cuantos meses más y luego viene la postproducción...

—Lo entiendo. —Se acerca a la encimera y comienza a trabajar en el pescado que lleva envuelto en un papel encerado—. ¿A qué hora debemos salir mañana al aeropuerto?

—No, Patrick. No hace falta que me lleves.

Me mira confundido. Tal vez un poco ofendido también.

—No eres una chica de oportunidad, alguna turista que pasó por el pueblo y con la que me acosté un par de veces. Esto fue... es diferente.

—¿Diferente cómo?

—¿No lo sabes? ¿Haces esto a menudo cuando viajas?

Aunque puede parecer una acusación, la sonrisa tierna en su rostro le da otro tono.

—¿Conocer sujetos apuestos y dulces que me hacen sentir como si viviera en un cuento de hadas? —pregunto sonriendo también antes de rodar los ojos y hacer un gesto displicente con la mano—. Todas las semanas.

Patrick da dos pasos al frente y me toma entre sus brazos, apretándome.

—¿Un cuento de hadas? —pregunta y escucho la risa presumida en su voz.

—Que no se te suban los humos.

Los dos reímos y es triste.

Esa noche me busca en la cama con algo de duda y cuando lo beso, me hace el amor de forma lenta y meticulosa. Aprovecho para atesorar cada sensación que mi piel registra, cada sabor que llega a mi boca, cada sonido de esa música que hacemos juntos para no olvidarlo nunca.

Si esto es parte de la bruma de una vacación de verano, me atrevo a predecir que será la más significativa de mi vida.

Capítulo nueve

—Módena es conocida por muchas cosas. El *aceto balsamico* original es de aquí al igual que el *Parmigiano Reggiano*. Compren y lleven a casa todo eso cuando vengan, pero no dejen de probar el *Gnocco Fritto*. —Muestro a la cámara el bollo humeante—. No se dejen confundir por el nombre. Esto no tiene nada de patata ni se come con salsa. Es una delicia hecha con harina, agua y manteca de cerdo, rellena de muchas cosas, y frita en más manteca de cerdo. Es tan delicioso que hasta tu visita al cardiólogo la harás con una sonrisa en la boca.

Termino de grabar el video con el teléfono y sonrío mirando a mi alrededor. Viajar con un equipo de producción es una experiencia que he aprendido, lentamente, a apreciar. Fue difícil acostumbrarme a no sacar el teléfono, tomar fotografías, grabar con mi pequeño trípode. Ahora me persiguen dos cámaras, el técnico de audio, una productora y un asistente, es más fácil en muchos aspectos pues hay otras personas que se encargan de que todo salga perfecto, que repiten cada toma y cada comentario varias veces para estar seguros, que hacen los contactos por mí y me entregan material para mis entrevistas; sin embargo, le quita un poco de espontaneidad a todo el asunto.

No obstante, después de tres meses viajando con ellos por el mundo ya no hago juicios de valor sobre cuál forma es mejor. Ya entendí que son plataformas diferentes para comunicar y que cada una tiene su magia.

Subo el video con las etiquetas respectivas, porque el maravilloso contrato negociado por mi hermano me permite usar algo del material que grabe para alimentar mis redes sociales, siempre y cuando haga un poco de promoción. En dos semanas debo mudarme unos meses a Nueva York, donde funciona la compañía productora, y encerrarme con ellos en un estudio de edición para terminar los diez capítulos de la serie. Luego podré volver a casa, siempre y cuando esté disponible para hacer giras promocionales de la serie en caso de ser necesarias.

«¿Dónde está mi casa?», me pregunto confundida porque, cuando pienso en volver, la imagen que viene a mi mente no es la de mi apartamento en Filadelfia, sino una con olor a salitre y el mar en el fondo. Eso es una locura.

—Any, vamos a hacer unas tomas generales y de ambiente —anuncia la productora—. Puedes quedarte aquí, si quieres.

Asiento y mi equipo se va con todo su aparataje por las calles de Módena. Enciendo el teléfono para ver los mensajes de mis seguidores.

PatrickPat te está siguiendo ahora, leo y mi corazón da un par de saltos fuera de su ritmo habitual, creo que pasan más de treinta segundos hasta que recuerdo que debo respirar.

Hace un poco más de seis meses que dejé Stonington y, aunque al principio manteníamos conversaciones frecuentes por WhatsApp y hablábamos por teléfono de cuando en cuando, eventualmente, como ocurre en estos casos, la comunicación fue espaciándose. Patrick sale a pescar muy temprano y por lo mismo a las nueve de la noche ya está en la cama; en mi caso es todo lo contrario y la producción del programa, la carrera para dejar suficientes columnas listas para el periódico y luego viajar por el mundo, hizo la comunicación prácticamente inexistente.

Además, me fui sin promesas de regresar.

Abro el perfil y noto que no tiene seguidores y solo me sigue a mí. Obviamente, una cuenta nueva. La única foto publicada es de una caña de pescar, una que lleva en su bote para entretenerse cuando el día está tranquilo. *Tirando el anzuelo a ver si algo sucede*, pone en la leyenda.

Sonrío porque quiero creer que el mensaje es para mí.

Miro a mi alrededor como quien va a cometer una fechoría y luego escribo: *¿Algo como qué?*

Río nerviosa y me quedo mirando la pantalla esperando que algo suceda, olvidando por completo el *Gnocco* y el café, pero no ocurre nada.

Podría llamarlo por WhatsApp, ver su cara, su sonrisa. Somos amigos y todavía hablamos de vez en cuando, pero no sé por qué el que ahora tenga una cuenta de Instagram, que solo me sigue a mí, con esa foto y ese mensaje, se siente como una especie de juego y al mismo tiempo un reto.

Paso el resto del día y parte de la noche revisando si hay alguna respuesta a mi mensaje. Cuando llegamos al aeropuerto a la mañana siguiente tengo la oportunidad perfecta para continuar el juego: Tomo una fotografía de la pantalla que anuncia las salidas y pongo: *¿Habrá algún destino llamado Cuento de Hadas?*

Después de un par de vuelos estamos en Francia, donde pasaremos una semana. En lo que estoy fuera del aeropuerto vuelvo a revisar el teléfono, centenares de respuestas a mi foto, ninguna que me interese. Tal vez interpreté todo mal.

Tal vez...

Reviso su cuenta.

Hay una foto de Stonington al amanecer. Desde el mar se ve el pueblo con algunas luces todavía encendidas y el texto dice: *Mi cuento de hadas espera por ti.*

Capítulo diez

Tengo un coche alquilado, la carretera ante mí y la música sonando más alto que mi voz. ¿El móvil? Apagado. Cualquier cosa que pueda hacer en él es solo trabajo y, aunque es una parte importante de mi vida, no es la vida.

La vida está allá afuera, cerca del mar, y huele a mariscos y a sal; sabe a besos de un pescador paciente que ilumina todo a mi alrededor con su sonrisa sin trampas y está allí, al alcance de la mano, no frío y duro como los mensajes a través de una pantalla que desaparecen al mismo tiempo que se agota el pensamiento que los generó, sino tibio y vivo y me ha recordado incluso durante todo este tiempo. Me espera.

Voy a buscarlo y no necesito a Google ni a Alexa para hallarlo.

Dicen que los «flechazos» no existen, que el amor a primera vista es un mito, que dos personas deben conocerse por mucho tiempo antes de que lo que sucede entre ellos pueda llevar el título; pero al mismo tiempo, las relaciones de años se desgastan más frecuentemente de lo que nos gustaría admitir, fallan a pesar de la práctica.

¿Cuál es la receta adecuada, entonces?

Es como cocinar: puedes seguir las instrucciones de tu abuelita paso a paso y nunca lograrlo, o inventar algo diferente con un poco de intuición que quede delicioso, tal vez improvisar un poco en algo muy conocido y lograr así que funcione para ti. Tiene que ver con la suerte, con los ingredientes, con la valentía de intentarlo y disfrutar del resultado sea cual sea.

Tal vez para estar con alguien y sentirse feliz no hay método ni receta.

Aparco frente a la casa de Patrick. Su camión no está. Todavía debe de estar en el mar, pescando. Busco la llave que sé, como todos en el pueblo, que está escondida sobre el marco de la puerta.

Todo está exactamente igual que cuando me fui: la sala ordenada, limpia, con la manta de retazos extendida sobre el respaldar del sofá. En la cocina hay una

taza de café usada en el fregadero que siempre deja allí antes de salir a trabajar. Sé que si abro el cubo de basura encontraré la servilleta donde puso las dos rebanadas de pan tostado que toma con el café antes de salir. Lo imagino así, parado frente a la ventana con la taza en una mano y una rebanada de pan en la otra.

Por un momento me asalta una especie de pánico en el fondo de mi estómago.

«¿Qué estoy haciendo aquí? Debí haber enviado un mensaje o un correo electrónico. Uno no invade la casa de un amigo a larga distancia por una corazonada», pienso y el pánico no se detiene, sino que aumenta casi como una pequeña bola de nieve que rueda por una montaña hasta convertirse en avalancha.

«¿Qué le voy a decir a la policía cuando vengan a arrestarme por invasión de morada? ¿Él publicó una foto en Instagram que parecía una invitación?» pienso casi sin aliento y mientras me hago pregunta tras pregunta abro la nevera, no sé por qué, tal vez para evitar pensar o para buscar agua y tomar un vaso lentamente para calmarme.

El sonido que escapa de mis labios es de alivio mezclado con alegría.

Hay un *post it* amarillo pegado en uno de los famosos contenedores de Pat que dice simplemente *Any*. Lo abro solo para confirmar y sí, es crema de almejas.

Río, mucho, alto y fuerte, mientras abrazo el estúpido contenedor como si fuera una carta de amor porque de cierta forma lo es. Luego enciendo el teléfono y coloco el contenedor sobre la mesa con una cuchara al lado. Tomo la foto y la publico con la leyenda *En casa*. Nada más. Sin etiquetas ni ningún otro recurso y espero.

Una hora más tarde escucho el camión detenerse frente a la casa.

—¿Any?

El grito con entonación de pregunta llega antes de que se dé cuenta de que estoy allí en la cocina, sentada, tomando una taza de café.

Quiero decir algo divertido, hacer alguna broma, pero lo que hay en el rostro de Patrick es tan intenso que incluso la sonrisa presumida que tengo en los labios desaparece.

En dos pasos está frente a mí y no me doy cuenta de que me puse de pie hasta que toma mi cara entre sus manos y veo sus ojos. Por primera vez no hay esa chispa de alegría que siempre se esconde en el fondo; es toda una llamarada, un incendio de algo mucho más serio, como la desesperación o el hambre.

Justo a eso sabe el beso que sigue, el fuego pasa de su boca a la mía y me incendia de adentro hacia afuera. Ya no es un beso romántico, exploratorio o de

reconocimiento; es la fuerza del mar durante una tormenta y yo soy el pobre barco que naufragará en ella y no me importa en lo más mínimo.

Deseo su piel que he extrañado tanto como él parece desear la mía porque no hemos dicho una palabra y ya estamos tirando de nuestra ropa, deshaciéndonos de la barrera al mismo tiempo que buscamos alguna posición conveniente sobre la mesa.

Siento el momento en el que nuestros cuerpos conectan y grito de placer, de alegría contenida, de una intensidad feroz que ya no me cabe dentro del cuerpo y que no disminuye, sino que parece aumentar con cada empujón, con cada encuentro de pieles, con cada sonido que sirve como combustible altamente inflamable para la situación, con cada beso que se convierte en caricia.

Luego viene el momento que con Patrick siempre se siente como magia, como morir un poco y dejar atrás tu traje humano para alcanzar las estrellas. Nunca es un acto solitario sino una interacción humana, real, de esas que hoy en día es un lujo.

—Hola, Any de Filadelfia —dice divertido tendido a mi lado sobre la mesa cuando nuestras neuronas recuperan la capacidad de hacer sinapsis y las respiraciones se calman un poco.

—Hola, Patrick Pat.

Los dos estallamos en carcajadas, Patrick toma mi mano y la lleva a sus labios.

—Parece que me extrañaste —dice.

—¿Yo? — Lo miro levantando las cejas y luego desvío la vista al desastre que tenemos a nuestro alrededor: ambos acostados en la mesa de la cocina a medio desvestir, porque no nos tomamos el tiempo de hacerlo completamente, y lo que sí fue quitado del camino está regado en el suelo, incluso mis bragas están colgadas en el respaldo de una silla—. Fuiste tú quien prácticamente me arrancó la ropa.

—No lo niego. Estaba comenzando a desesperarme. Las duchas de agua fría no hacían efecto y lo que puedo hacer con mi mano no se compara en lo más mínimo con estar dentro de ti.

—Y la gente de este pueblo dice que eres un caballero. ¿No deberías estar hablando de tu alma desgarrada por mi ausencia?

—Seré lo que necesites que sea: un amigo para follar en vacaciones, un pescador bruto que desconoce las técnicas existentes para un buen *selfie*, un artista desesperado por un poco de tu compañía, un manipulador que te deja mensajes crípticos en las redes sociales. —Sonríe tiernamente—. Puedo darte

flores y cubrirte de besos, puedo darte sexo en la mesa, puedo cocinar para ti, desvestirte cuando llegue a casa y arroparte a la hora de dormir. Solo necesito saber cuánto tiempo vas a quedarte esta vez y qué es lo que quieres.

La declaración tan honesta, tan humilde, hace que algo crezca en mi pecho, algo lindo, tibio que borra de un golpe la fría duda.

—Quiero vivir aquí —declaro.

—¿Estás loca? —Pat me mira con horror y niega con la cabeza. Comienzo a incorporarme identificando dónde quedó mi ropa porque pronto será el momento en el que deberé salir corriendo humillada—. No puedes vivir en la mesa de la cocina. Mi cama es más cómoda.

Lo miro con la boca abierta y luego le doy un manotazo.

—Me asustaste.

Pat se ríe y me sienta bien escuchar esa risa. Nunca me cansaré de ella. Tampoco de la forma en que posa brevemente sus labios sobre los míos.

—Bienvenida.

Por ahora esas palabras son más que suficientes. Significan ese «vamos a intentarlo» con el que todas las cosas buenas comienzan: una receta, un negocio, una cuenta en alguna red social para comunicarte, una simple idea; y, como cada una de ellas, requiere un esfuerzo diario, pero yo no tengo problemas con eso.

—Lo haremos funcionar —digo optimista.

—Claro que sí. Soy un experto en inventar la receta perfecta de las cosas que amo.

Estiro los dedos índice y anular de mis dos manos y los pongo uno sobre otro haciendo un símbolo de numeral, de una etiqueta.

—Me gusta.

Prueba todos los sabores de la minicolección **Recetas para subir la temperatura:**

ERIKA FIORUCCI, *Al plato vendrás, almeja*

IRENE MENDOZA, *Con mucho amor y mucho limón*

MAYTE ESTEBAN, *Comer y amar, todo es empezar*

CLAUDIA VELASCO, *De postre, tú*

MARISA SICILIA, *Dulce y picante... como tú*

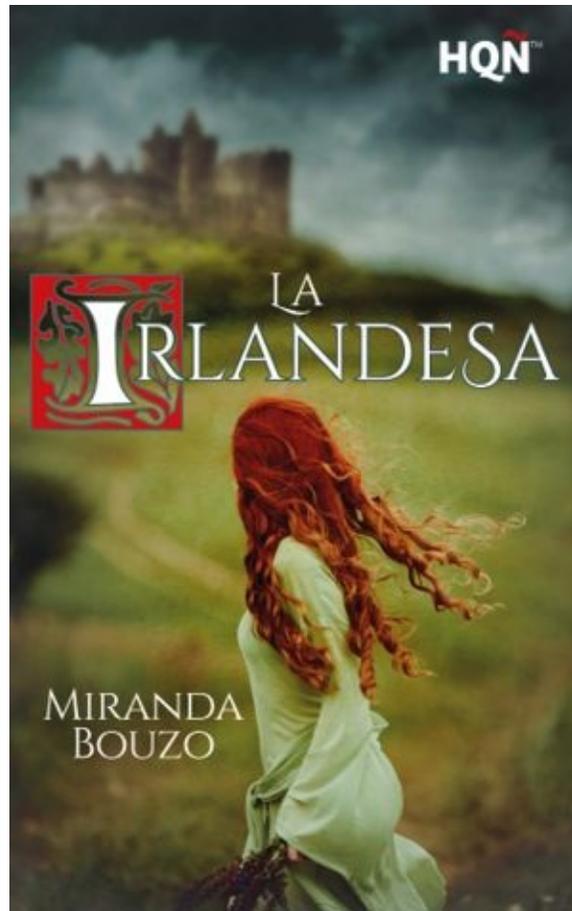
CARLA CRESPO, *Con sabor a beso*

MEG FERRERO, *Las manos van al pan*

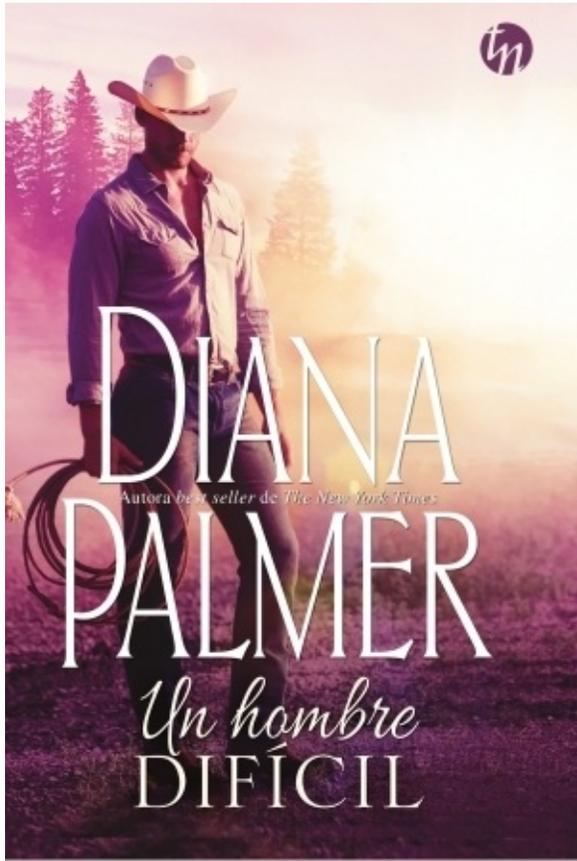
MIMMI KASS, *Refréscame*

OLGA SALAR, *Sushi para dos*

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e-

Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

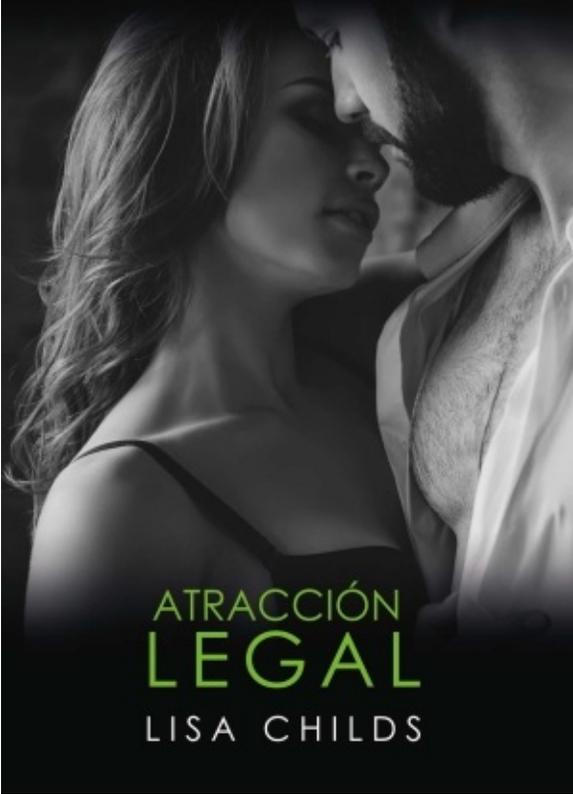
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

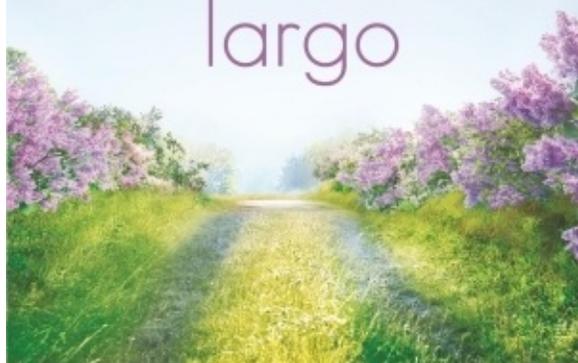
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL
WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)